

Era 'el mejor escritor de su generación,' según Faulkner. Thomas Wolfe escribió 'El niño perdido' a los 37 años y falleció a los 38, víctima de la tuberculosis. Su descripción de la América de los años treinta, de fondo autobiográfico, constituye un excelente ejemplo de buena literatura

Todo vuelve

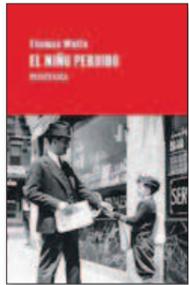
Narrativa

POR MANUEL ARRANZ

■ La fotografía le muestra en el momento de ir a coger un tranvía. Tiene el pie derecho en el estribo y mira a la cámara. Traje gris, supongo, la fotografía es en blanco y negro, está tomada en Berlín, lleva el gabán doblado en el brazo izquierdo y el sombrero en la mano. Un día soleado, de otoño seguramente. Es Thomas Wolfe. La fotografía ilustra la cubierta de un libro publicado en 1993: *Historia de una novela (El proceso de creación de un escritor)*. En él podemos leer esta frase: "Como dije, tengo la convicción de que todo trabajo creador serio tiene que ser en el fondo autobiográfico, y que un hombre tiene que usar materiales sacados de su propia experiencia si quiere crear algo que posea un valor sustancial".

El niño perdido, el magistral relato que Wolfe escribió en 1937, es decir a sus treinta y siete años (Wolfe sólo viviría 38, víctima de la tuberculosis) tiene ese fondo autobiográfico y es sin duda alguna un trabajo creador serio. A Wolfe le basta una frase, la evocación de algunos detalles, cotidianos, insignificantes, un rótulo comercial, un queso en el mostrador de una tienda, un muro de ladrillo, una estufa, para conseguir una descripción de la América de los años treinta más real si cabe que las recreaciones de las más célebres películas de la época. Y en cuanto a los personajes, los escasos personajes de este relato, con apenas un matiz, una observación al azar, un rasgo de su fisonomía, una forma de expresarse, consigue lo que no conseguiría otro con páginas enteras. Lo que hace Wolfe con el lenguaje es literalmente asombroso. Dudo que tuviera nociones de lingüística (entre otras razones porque todavía no habían aparecido los textos fundacionales de la disciplina) pero supo combinar de tal forma las funciones de la lengua y los registros del habla que resulta portentoso.

Wolfe es una clara muestra de que no todo lo que escribe un escritor es literatura, o de que si lo es, entonces hay que distinguir netamente entre la buena y la mala.



THOMAS WOLFE

El niño perdido

► Traducción de Juan Sebastián Cárdenas
PERIFÉRICA, 96 PÁGINAS, 15,50 €

Y leer a Wolfe es asistir a una lección de buena literatura. No es fácil explicar en qué consiste esto, como no es fácil explicar por qué estamos tristes y felices al mismo tiempo, y sin embargo Wolfe consigue explicarlo con una sencillez pasmosa. "Era difícil de explicar [...] Digamos simplemente que era América, que era el Sur. Familiar como la carne y la sangre de un hombre, familiar como los vientos de marzo, como una garganta irritada, como la nariz cuando te pica, como el barro colorado lleno de paja y desolación. O como abril, abril y un enamoramiento salvaje. Digamos que era simplemente todo esto, escueto, desolado, como un bizcocho, adorable, lírico y maravilloso. Digamos simplemente que era difícil de explicar. América, viejos ladrillos con aspecto de bizcocho, un almacén y abril. Y el Sur". Todo está ahí. Parece fácil después de leerlo, pero las imágenes ("barro colorado lleno de paja y desolación"), las metáforas, el ritmo de las frases, todo, es de una perfección milagrosa. Y la forma en que nos hace partícipes de lo que Grover va sintiendo en su deambular por las calles es prodigioso: la luz que viene, se va, y vuelve otra vez, el olor de la madera, abril, la descripción de una tormenta en apenas una página, memorable.

Robert Frost dijo en una ocasión que para transmitir una emoción había que haberla sentido previamente, y también, esto creo que no lo dijo él, que no se pueden trans-



Thomas Wolfe, autor de 'El niño perdido'.

mitir los hechos en el momento en que están ocurriendo, que hay que hacerlo con alguna distancia, dejar que transcurra el tiempo, porque todo vuelve. Estas dos condiciones han dado en literatura frutos inestimables, como este maravilloso relato de Thomas Wolfe. Faulkner, que ya había re-

cibido el Nobel y que como se sabe no era precisamente un tipo complaciente, dijo de él que era el mejor escritor de su generación, mejor incluso que él mismo. Un relato emocionante, de una rara perfección, y una hondura, o altura si lo prefieren, que da vértigo.

Para esto no hay un porqué

La visión del mal de Simon Leys queda registrada en 'Los naufragos del 'Batavia'', una tragedia ambientada en el siglo XVII

Narrativa

POR FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

■ Desde que tuve la oportunidad de leer y comentar aquí *La felicidad de los pececillos*, ese libro tan lleno de perlas y riquezas, del escritor belga Simon Leys (que es el seudónimo del septuagenario Pierre Ryckmans), me he quedado colgado del autor y, ahora, celebro muy mucho la aparición en español de otro motivo de goce que nos regala, con todas las papeletas tanto para pasar desapercibido como para gustarme hasta el aplauso. Quizá pase desapercibido porque es muy breve, no llega a las cien páginas. Pero si unimos a esta que para mí es hoy una cualidad (seamos breves) que el libro trata de la mar, de los barcos, de un naufragio y de la génesis y

desarrollo del Mal, no puedo encontrar otro entretenimiento mejor. Dejen de leerme y acudan a comprarlo a una librería. ¿Una anécdota inicial? Leys escribe el libro que no pudo escribir: lean el prólogo.

En el año de 1629 se hace a la mar el prodigioso navío "Batavia", armado solo en seis meses por la Compañía Holandesa de las Islas Occidentales, con destino a Java. Tras doblar el Cabo de Buena Esperanza, aprovecha los vientos del oeste para surcar el Índico y, así, pone proa a Australia. Pero se produce un fatal error. Aún lejos de la costa australiana, es preciso virar a babor para, empujado por los alisios del sureste, subir hacia el archipiélago de destino. Si el cálculo se efectúa mal y se vira más tarde de la cuenta, el buque irá a dar contra los terribles Houtman Abrolhos, bajíos y rompientes que lo destrozarían sin remedio. Fue lo que ocurrió al orgulloso "Batavia", ese nombre que evoca a los antiguos Países Bajos. Hombres, mujeres y algún niño naufragaron, aunque muchos de ellos consiguieron ganar los islotes de la zona. Y ahí sobrevino un desastre aún mayor. Mientras el capitán y el representante de la Compañía

subían en busca de auxilio a Java, un personaje sádico, una encarnación del Mal, el repugnante Cornelisz se hace con el poder y lo quiere absoluto: "Primero fueron masacrados todos juntos los enfermos y los inválidos; luego se seleccionó individualmente día a día otras víctimas con distintos pretextos, o sin ningún motivo, pues es su arbitrariedad misma la que constituye la esencia eficaz y sin apelación de todo Terror". Quiere Cornelisz ser un dios, someter a todos, desmembrar una sociedad minúscula para cumplir su locura. "Para que triunfe el mal solo hace falta que la buena gente no reaccione", escribía el irlandés Edmund Burke. Pero los planes del gran asesino se van al traste cuando un grupo de buena gente escapa de su horror, se hace fuerte en una isla vecina y aguarda la llegada del rescate.

A partir de ahí, Simon Leys reflexiona sobre el mal y su origen: "Una sociedad civilizada no es necesariamente una sociedad que tiene una proporción menor de individuos criminales y perversos, sino aquella que simplemente les brinda menos oportunidades de manifestar y de

satisfacer sus inclinaciones." Cornelisz es el dictador puro, el monstruo. Como los verdugos de Auschwitz, siglos más tarde, al ser preguntados por los inocentes que conducían a la muerte, podría responder: "Para esto no hay un porqué". El mal en medio de la mar de ninguna parte (Samuel Johnson: "Ningún hombre se hará nunca marinero si encuentra alguna manera de que lo envíen a prisión"). El horror, el horror. Qué obrita, solo por su extensión, magistral.



SIMON LEYS

Los naufragos del 'Batavia'

► TRADUCCIÓN DE J.R. MONREAL
ACANTILADO, 88 PÁGINAS, 11 €